

PROMESAS DEMOCRÁTICAS

Muy probablemente, uno de los peores fracasos de la democracia representativa moderna fue la promesa incumplida del ciudadano educado para la democracia, de la conformación del hombre democrático.

pablo ney ferreira

Norberto Bobbio, en su famoso libro "El Futuro de la Democracia", denunció este problema como una de las presuntas debilidades que la democracia representativa exhibe luego de un determinado y prudencial tiempo de puesta en marcha, y que debería de enfrentar con mayor urgencia y decisión. Aquella ingenua ilusión de Stuart Mill, Tocqueville y Kant, entre tantos otros y también de nuestro José Pedro Varela, aparece expuesta al mundo cada vez con mayor claridad y sin claras propuestas que apuesten no ya a un cambio, sino simplemente a la realización de un debate que los orgullosos partidarios de la democracia se deben a sí mismos. Es hora de reconocerlo: tenemos una democracia sin ciudadanos; a la inmensa mayoría de los ciudadanos no les interesa en lo más mínimo la cuestión pública, y hasta se quejan porque cada tanto tiempo tienen simplemente que ir a votar, para designar quien habrá de preocuparse de lo que a ellos no les entusiasma. Ni siquiera la más mínima expresión de vocación pública es aceptada con naturalidad, y lo que aparece nitidamente en su lugar es una apatía cada vez mas compartida y un vaciamiento del ágora pública que nos debería, por lo menos, llamar la atención.

Extrañamente, fuera de algunas inquietudes venidas exclusivamente desde el lado de la academia, a los actores políticos no parece preocuparles para nada que a la gente no le importe la política en absoluto, claro está, a menos que el gobierno de turno no responda económicamente a sus crecientes instintos de consumo de casi cualquier cosa que le sea presentada como apetecible, en cuyo caso protestaran sin cesar. Es que la economía, hace ya mucho tiempo que le ha ganado la batalla a la política. Y eso, créanme, que es preocupante.

LAS ALTERNATIVAS

La respuesta que nos ofrece Bobbio ante este compromiso es que en realidad no hay nada de que preocuparse. No pasa nada. Lo que sucede es que la democracia ha cambiado, ahora la sociedad de masas y el enorme desarrollo del estado, hace imposible aquel viejo ideal democrático del autogobierno, y solo nos queda elegir a quienes se han de preocupar de problemas demasiado complejos, dignos solamente de los mejores expertos, de los técnicos. No tenemos más remedio que optar por la democracia mínima, no hay salida. Resulta que los ciudadanos pueden aprender cosas complejísticas en sus respectivos adiestramientos educativos, con miras a desarrollarse en su vida privada, pero cuando deben dedicarse a las cuestiones públicas sufren una especie de súbita estupidez que les impide comprender nada más o menos sofisticado

que tenga que ver con el gobierno de todos. Y además, por cierto, no les interesa para nada.

Aquí pretendo, sin embargo, plantear otras alternativas. Si bien el diagnóstico es certero (los ciudadanos no quieren ni les interesa participar), no es cierto, ni que esto sea algo bueno en sí mismo, ni que no haya nada que los nostálgicos de la política antigua podamos hacer. Me niego a aceptar que no pueda cambiarse.

Estos últimos años, el revival republicano ha vuelto a poner de moda -por lo menos en la academia- el viejo tema de la virtud cívica. Aún con el natural punto de desconfianza y preocupación de parte de la tradición liberal ante el riesgo de que la preocupación por lo público degenera en una oprimente exaltación de lo comunitario, esta inquietud parece haber sido hasta bien recibida hasta por algunos exponentes del liberalismo académico.

Nadie nace siendo un ciudadano democrático, esto está claro. Parece evidente que algo hay que hacer si es que queremos desarrollar un individuo que se comporte como tal; el problema consiste en qué es lo que hay que hacer. Ante este problema se han generado algunos interesantes debates que han establecido diferentes posiciones frente a este problema.

Las posiciones frente a este problema parecen dividirse claramente en tres: 1. por un lado las que dicen que esto no constituye un problema, y que esta muy bien que el ciudadano permanezca pasivo y no participe, siendo más que suficiente el que pueda elegir cada algún tiempo a quienes han de gobernarle. 2. otra opción nos habla de la necesidad de que el ciudadano sea educado (en la educación formal) para ser un individuo que valore a la democracia como tal, al debate, y a todos los valores que trae la democracia consigo. 3 una tercera opción, que no esta refutada con la anterior, nos reclama que el ciudadano sea un sujeto activo y que solo en la propia actividad democrática, solamente en la vida cí-

vica, o en la gremial, etc., es que el individuo puede adquirir estos saludables e imprescindibles hábitos públicos.

UNIVERSALIZAR EL MOMENTO ARISTOCRÁTICO

A mí me parece que descartando la primera, en la que se descarta el problema, las otras dos alternativas no tienen por que ser tales, sino que pueden funcionar complementariamente, pero me gustaría agregar algo que se debe de fomentar previamente a cualquier intento de este tipo: a esto lo denominaremos como "el momento aristocrático". Como ustedes seguro deben de saber, la tradición republicana clásica es una tradición predominantemente aristocrática. Para las aristocracias históricamente vinculadas al desarrollo de las experiencias políticas republicanas, la ciudadanía era entendida como una condición que conllevaba una formación y una dedicación a la causa pública muy importante. Así, por ejemplo, para las familias de la nobilitas romana que protagonizaron mayormente los mejores momentos de la república romana, la vocación pública era algo incluso heredable. Así, cada miembro de la familia intentaba desesperadamente emular, e incluso superar la tarea gubernativa -y guerrera- que había llevado a cabo su predecesor, para de esta manera engrandecer el prestigio público de su propia familia, e indirectamente la reputación de las instituciones republicanas. Claro, que para esto dedicaba gran parte de su vida a entrenarse para gobernar.

Esta "voluntad de excelencia", que siempre caracterizó a los componentes aristocráticos -entendiendo como tales a los mejores, según su sentido etimológico originario-, es una de los elementos a rescatar del valiosísimo legado del republicanismo clásico. Es que si no, ¿de donde vamos a sacar los individuos activos de la de-

mocracia deliberante? ¿Cómo se va a desarrollar el hombre democrático si no es a través del cultivo activo de su virtud cívica latente?.

La democracia deliberante a la que aspira el republicanismo democrático moderno, necesita universalizar el momento aristocrático, esto es, buscar la excelencia del ciudadano común, no solamente el del representante ilustrado y formado para la política en las antiguas familias patricias o en los nuevos núcleos de profesionales universitarios, como en la experiencia de republicanismo liberal de élites que significaron por ejemplo las llamadas "cámaras bizantinas" de fines del siglo XIX en nuestro país. De lo que se trata es que el individuo común, el ciudadano, aprecie, valore la excelencia cívica y aspire a ella; que no se quede en su morada esperando que el político de turno le solucione el problema, sino que aspire a la dignitas, a los honores públicos a través de su propia participación en los destinos de su comunidad política, y desde luego intentando la propia superación intelectual y moral individual como elemento decisivo para contribuir activamente y en común al progreso colectivo. Y esto no ya como elemento privilegiado de una concepción de la vida buena que defina a la vida activa como una forma de vida superior o privilegiada, sino incluso simplemente para asegurar su propia libertad y la de las generaciones venideras.

LA FORMACIÓN DE CIUDADANOS

No recuerdo quien afirmó que al hombre se le ha otorgado la libertad pero con la condición de la eterna vigilancia, pero descuento que es así -con la salvedad de que nadie se la ha otorgado, sino que la libertad se construye a través de la acción pública deliberante con sus iguales. La vigilancia activa es la mejor forma de prevenirse contra los tutores no democráticos, que ellos sí, siempre están dispuestos a hacerse cargo de las disfunciones "naturales" de la democracia, y expulsar a todos los demagogos responsables de las mismas.

Esa deliberación democrática a la que me refería, en sus condiciones ideales, requiere de individuos excelentes, virtuosos, que hagan suyo ese momento aristocrático que mencionaba anteriormente y aspiren a su propia excelencia, ya sea, mediante la educación, a través de la participación política y social en las distintas instancias públicas, valorando el ejemplo de los buenos políticos y de los ciudadanos relevantes, pero sin asumir una actitud meramente contemplativa, sino actuando y generando iniciativas.

Me parece que es una buena manera de subsanar la carencia de interés por la cosa pública, que evidentemente solo la educación formal no ha sido capaz de llenar. Promesas que se ha llevado el viento. Sin la voluntad de los ciudadanos, que son -o deberían ser- los protagonistas del juego democrático y solamente con la educación, no parece posible llenar ese enorme vacío cívico que aparece claramente visible en todas las experiencias democráticas actuales, con la excepción, claro está, de esos divertidos momentos de euforia política infantil que constituyen las post-modernas campañas electorales.

La educación formal moderna, en la que Sarmiento y Varela habían puesto tantas expectativas, parece haber fracasado, por lo menos, en su rol de formadora de ciudadanos,

¿Qué hacemos entonces?.

Se aceptan ideas.

candidato a doctor en ciencia
política universidad
complutense de madrid

